

## Historia 12—El Buen Pastor

El Salvador habló de Sí mismo como un pastor, y de los discípulos como Su rebaño. Dijo: «Yo soy el Buen Pastor, y conozco Mis ovejas, y soy conocido de las Mías» (Juan 10:14).

Cristo estaba por dejar pronto a Sus discípulos, y dijo esto para consolarlos. Cuando ya no estuviera con ellos, recordarían Sus palabras.

Siempre que vieran a un pastor cuidando su rebaño, pensarían en el amor y el cuidado del Salvador por ellos.

En aquella tierra, el pastor permanecía con su rebaño día y noche. Por las colinas rocosas y a través de los bosques los guiaba de día, hacia campos agradables y cubiertos de hierba junto al río.

Durante la noche los vigilaba, protegiéndolos de las bestias salvajes y de los ladrones, que a menudo acechaban cerca.

Con ternura cuidaba a los débiles y enfermizos. A los corderitos los tomaba en Sus brazos y los llevaba en Su seno.

Por grande que fuera el rebaño, el pastor conocía a cada oveja. Tenía un nombre para cada una, y la llamaba por su nombre.

Así también Cristo, el Pastor celestial, cuida de Su rebaño que está esparcido por todo el mundo. Nos conoce a todos por nombre. Conoce la misma casa en que vivimos y el nombre de cada morador. Cuida de cada uno como si no hubiera otro en todo el mundo.

El pastor iba delante de sus ovejas y enfrentaba todos los peligros. Encontraba a las bestias salvajes y a los ladrones. A veces el pastor moría mientras guardaba su rebaño.

Así el Salvador guarda Su rebaño de discípulos. Él ha ido delante de nosotros. Ha vivido en la tierra, como nosotros vivimos. Fue niño, joven y hombre. Venció a Satanás y todas sus tentaciones, para que nosotros podamos vencer.

Murió para salvarnos. Aunque ahora está en el Cielo, no nos olvida ni por un momento. Guardará con seguridad a cada oveja. Ninguna que Lo siga puede ser arrebatada por el gran enemigo.

Un pastor podría tener cien ovejas, pero si una se perdía, no se quedaba con las que estaban en el redil. Iba a buscar a la perdida.

En la oscuridad de la noche, a través de la tormenta, por montañas y valles, él iría. No descansaría hasta encontrar la oveja.

Entonces la tomaba en sus brazos y la llevaba de vuelta al redil. No se quejaba de la larga y difícil búsqueda, sino que decía con alegría:

«Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido» (Lucas 15:4-7).

Así, el cuidado del Salvador-Pastor no es solo para aquellos que están en el redil. Él dice: «El Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido» (Mateo 18:11).

«Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento» (Lucas 15:7).

Hemos pecado y nos hemos alejado de Dios. Cristo dice que somos como la oveja que se ha extraviado del redil. Él vino para ayudarnos a vivir sin pecado. Esto Él lo llama traernos de vuelta al redil.

Cuando regresamos con el Pastor y dejamos de pecar, Cristo dice a los ángeles del Cielo: «Gozaos conmigo, porque he encontrado Mi oveja que se había perdido».

Y un himno de alegría resuena desde el coro angelical, llenando todo el Cielo con la más rica melodía.

Cristo no nos presenta la imagen de un pastor apenado que regresa sin la oveja. Aquí hay una promesa de que ni siquiera una de las ovejas extraviadas del redil de Dios es pasada por alto.

Ninguna queda sin ayuda. A todo aquel que se someta a ser rescatado, el Salvador lo librará de los yermos del pecado.

Que todo vagabundo del redil cobre ánimo, entonces. El Buen Pastor te está buscando. Recuerda que Su obra es «salvar lo que se había perdido». Eso significa a ti.

Dudar de la posibilidad de tu salvación es dudar del poder salvador de Aquel que te compró a un costo infinito. Deja que la fe ocupe el lugar de la incredulidad. Mira las manos que fueron traspasadas por ti, y regocíjate en su poder para salvar.

Recuerda que Dios y Cristo están interesados en ti, y que toda la hueste del Cielo está comprometida en la obra de la salvación de los pecadores.

Mientras Cristo estuvo en la tierra, mostró por Sus milagros que tenía poder para salvar hasta lo sumo. Al curar las enfermedades del cuerpo, demostró que podía quitar el pecado del corazón.

Hizo caminar al cojo, oír al sordo y ver al ciego. Limpió a los pobres leprosos, sanó al paralítico y a los que tenían toda clase de enfermedades.

Por Su palabra, incluso los demonios eran expulsados de aquellos a quienes habían estado poseyendo. Los que vieron esta obra maravillosa se asombraron y dijeron: «¡Qué palabra es esta! Porque con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen» (Lucas 4:36).

Al mandato de Jesús, Pedro pudo caminar sobre el agua. Pero tuvo que mantener sus ojos en el Salvador. Tan pronto como miró hacia otro lado, comenzó a dudar y a hundirse.

Entonces clamó: «¡Señor, sálvame!», y la mano del Salvador se extendió para levantarlo (Mateo 14:28-31). Así, siempre que alguien clama a Él por ayuda, la mano de Cristo se extiende para salvar.

El Salvador resucitó a los muertos. Uno de ellos fue el hijo de la viuda de Naín. La gente lo llevaba al sepulcro cuando se encontraron con Jesús. Él tomó al joven de la mano, lo levantó y lo entregó vivo a su madre. Entonces la compañía regresó a sus hogares con gritos de alegría y alabanza a Dios.

Así también fue resucitada la hija de Jairo, y por la palabra de Cristo, Lázaro, que había estado muerto cuatro días, fue llamado fuera del sepulcro.

Así, cuando Cristo venga otra vez a la tierra, Su voz penetrará los sepulcros, y «los muertos en Cristo resucitarán» para una vida gloriosa e inmortal; y así estarán «siempre con el Señor» (1 Tesalonicenses 4:16, 17).

Fue una obra maravillosa la que hizo nuestro Señor durante Su ministerio en la tierra. De esta obra habló en la respuesta que envió a Juan el Bautista. Juan estaba en la cárcel y se había vuelto desalentado; incluso estaba turbado por dudas sobre si Jesús era realmente el Mesías. Así que envió a algunos de sus seguidores a preguntar al Salvador:

«¿Eres Tú el que había de venir, o esperaremos a otro?»

Cuando los mensajeros vinieron a Jesús, había a Su alrededor muchos enfermos a quienes Él estaba sanando. Todo el día esperaron los mensajeros, mientras Él trabajaba con incansable actividad para ayudar a los que sufrían. Al final dijo:

«Id, haced saber a Juan las cosas que oís y veis: los ciegos reciben la vista, y los cojos andan; los leprosos son limpiados, y los sordos oyen; los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio» (Mateo 11:3-5).

Así, durante tres años y medio, Jesús «anduvo haciendo bienes». Entonces llegó el momento en que Su ministerio en la tierra debía terminar. Con Sus discípulos debía subir a Jerusalén para ser traicionado, condenado y crucificado.

Así se cumplirían Sus propias palabras: «El Buen Pastor da Su vida por las ovejas» (Juan 10:11).

«Ciertamente Él llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores... Mas Él herido fue por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por Su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual

se apartó por su camino; mas Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros» (Isaías 53:4-6).